

LP 2/7/58

589

Los Impresionistas

por Sebastián Salazar Bondy

Un cuadro de Claude Monet, titulado "Impresión", ejecutado en 1872 y presentado ese año en el Salón de los Independientes de París, dio nombre a un nuevo movimiento pictórico: el Impresionismo. Esa fecha marca una transformación en el contenido y las expresiones plásticas, pues contra el gusto burgués, amante de los temas románticos y las maneras académicas, se levanta una generación que resume los maravillosos atisbos cromáticos de Goya, las intuiciones de los paisajistas ingleses, las promesas contenidas en la tradición barroca española (Velásquez sobre todo), los descubrimientos de la pincelada del holandés Jongkind (pintor que se empeña en recoger la luz del paisaje), etc. Los impresionistas sitúan el problema de la pintura en la pintura misma. La anécdota es lo de menos: lo fundamental —dicen de diversa manera— es la solución cromática que se dé al cuadro la "impresión" personal que se deje del modelo en la tela.

El impresionismo, en síntesis, se reduce a esto: los objetos que el artista trata de recrear en el cuadro no se ofrecen a la vista tales como ellos son: el aire, la luz, la atmósfera, la misma personalidad del pintor, los modifican. Esa visión es la que hay que poner en el lienzo. Por eso se acercan a la naturaleza, la buscan, indagan en ella por su faz más poética y secreta. Los reflejos, las sombras, los múltiples juegos de luces, las distancias, que funden los volúmenes; el agua que vibra, según la hora en que se la observa, con diferente calidad; la niebla, que borra los contornos y hace de formas conocidas cosas novedosas; todo eso tiene valor pictórico. La pincelada (en paisajes, transparencias, contrastes, tonalidades, etc.) debe, con libertad y audacia, procurar la misma impresión que en el alma del observador aquello deja grabada. El paisaje —se recuerda— es un estado de ánimo, y el arte no puede prescindir de este ingrediente subjetivo.

Los grandes del impresionismo son Claude Monet, jefe de la escuela; Renoir, famoso por sus versiones de figuras femeninas y de la divertida multitud de los cafés parisienses de fines del XIX; Pissarro, creador del "puntillismo" (pintura de toques colorísticos breves, reverberantes), Manet, cuyo espíritu decorativo no cede a la más honda austeridad; Toulouse-Lautrec, de pupila irónica y lápiz fácil; y Seurat, Sisley, Bazille, Jongkind, Degas, Caille-

botte, Raynal y otros. Un "marchand" (vendedor de cuadros) los impone: Durand-Ruel, al punto que su nombre siempre se asocia a la renovación impresionista. Esta fue, antes que nada, fruto de una nueva concepción del mundo, cuyas consecuencias los artistas llevarían hasta los últimos

extremos. El impresionismo cumple, con los nombres mencionados, una primera etapa. La segunda —que ocupará la próxima lección— acentúa los principios rectores, y está representada por tres personalidades (Cezanne, Van Gogh y Gauguin) que merecen un estudio más detenido.